Traslúcido

Jared Suárez

T R A S L Ú C I D O

C U E N T O

El agua del río Grijalva un tanto crecido para el mes de febrero las fue cruzando un paquebote (1) procedente de la ciudad de Frontera, Tabasco; y cada vez se acercó más a la ciudad de Villahermosa. En la embarcación el joven Atanasio González se secó el sudor de su frente con un paliacate que con lentitud se tornó percudido a medida que avanzó el día y el calor aumentó de forma desproporcionada.

Por fin pudo divisar a la distancia el elemento vertical donde estaba el reloj del Palacio de Gobierno, también empezó a observar el caserío cada vez más apiñado a la orilla del río. El viejo embarcadero de fierro y madera los aguardaba como la osamenta de algún reptil prehistórico, que hubiera sucumbido en ese lugar y quedaran solo sus huesos expuestos a la intemperie.

En el lugar observó otras embarcaciones: chalanas, cayucos (2), barcazas, y unos barcos de paleta de mayor tamaño. Algunas edificaciones de dos niveles exhibían letreros que le fueron de poco interés; no hubo mucho o, mejor dicho, nada que ver, era solo un puerto fluvial provinciano, más grande que el puerto de Frontera.

Atanasio bajó de la chalana de un solo brinco y puso los pies en la tierra, mejor dicho, en la madera del embarcadero. Se dirigió hasta la Plaza de Armas y en un kiosco central tomó un refresco de fruta para descansar del traca-traca de la embarcación que había soportado por espacio de tres horas.

Se sentó con tranquilidad en una de las bancas de mampostería que había alrededor de la Plaza y miró extasiado el deambular de los transeúntes matutinos que con paso ligero se dirigían a sus trabajos, el reloj del Palacio de Gobierno marcó las nueve de la mañana, colocó sus manos detrás de la cabeza y miró el paso de las nubes por el cielo.

—Bueno, ya estamos en la ciudad, ahora a ver que sigue, —pensó con determinación.

Compró un periódico que pasó vendiendo un muchachito con sendos gritos: ─¡*El hijo del garabato* (3), aparece un fantasma en las cercanías del panteón, entérese, por veinte centavos!; ─vaya noticia, eso no se ve en mi pueblo, ─se dijo al hojear el periódico buscando la noticia que pregonaba el ruidoso papelerito.

Deslizó su mirada por las líneas que describían con lujo de detalle, el encuentro de un transeúnte con un espectro formado por un humo negro, y que con voz cavernosa le dijo que pronto tomaría forma humana para llevar a cabo un trabajo; no hubo más contacto con el *mas-allá* debido a que en ese momento llegó la policía y el espectro desapareció en un instante.

─Para mí, creo que eso del fantasma, es algún sucio truco para robar en la casa de alguien o llevarse a alguna chamaca que vive por ese rumbo, ─dijo un muchacho que con total desparpajo tomó una posición en la banca y se sentó sobre el respaldo de improviso, cruzando una pierna.

─Perdón por sentarme de esta manera sin presentarme antes, me llamo Julio César Ortigosa y soy empleado del Palacio Municipal, solo que estoy en la hora de descanso, a todo esto ¿qué lo trae por aquí, joven extraño?, ─dijo señalando al sorprendido Atanasio.

─Me llamo Atanasio González y vengo del puerto de Frontera a ver si encuentro un lugar dónde trabajar, ─contestó un poco apabullado, revolviendo entre sus manos un sombrero de paja, ante esa forma intempestiva con la que se presentó aquel muchacho de aspecto citadino o sea vestido de manera formal, que lo impactó.

Usaba un pantalón de gabardina color beige, una camisa blanca de manga larga con los puños recogidos, esta marcaba a la perfección su cuerpo delgado, calzaba zapatos negros de cuero abrillantados, su cabello lacio pegado con vaselina daba moldura al rostro ovalado, y con ojos amarillentos penetrantes.

El temperamento de Julio pareció ser extrovertido y como era común en todos los villahermosinos, metiche, siempre estaban dónde nadie lo hablaba o intervenía en cualquier plática, aunque no conociera a sus interlocutores.

Ese tipo de personalidad contrastaba con la del joven Atanasio que cualquier acontecimiento fuera de sus cálculos le daban desconfianza, sobre todo viniendo de un muchacho que de buenas a primeras se sentó junto a él y entabló una plática. ─Quizá todos los *envoltorio-sucio* (apodo de los oriundos de la ciudad de Villahermosa) son así de zafados, ─se dijo en la mente.

─Oye *chamaco que viene de Frontera*, aquí no todos estamos zafados, además te diré que has llegado en un buen momento, acabo de ver que en la tienda *G. Benito y Compañía* (4), que está en la calle Juárez necesitan un chamaco como tú para los mandados o una cosa así más o menos, ve para allá y luego me cuentas.

─Disculpa que haya pensado en una cosa parecida a lo que dices, pero ¿dónde queda ese lugar?, porque como no soy de aquí, ni idea de dónde está esa tienda.

─No te preocupes *chamaco que viene de Frontera*, yo te llevo hasta el lugar, vamos que el trabajo te espera, además yo siempre le traigo buena suerte a mis amigos, de seguro te darán el empleo.

─Pues espero que no se equivoque, joven Julio César.

Caminaron por la calle atestada de personas, hasta llegar al edificio referido, y en efecto por una de las puertas del establecimiento colgaba un cartel donde se leía *Se requiere muchacho para mandados*, Atanasio lo tomó y se apostó en el mostrador de madera coloreado con pintura de esmalte brillante. Le presentó dicho cartel al primer señor que vio con cara de serio, con mucha amabilidad lo llevó hasta donde el Gerente de la Compañía estaba en su escritorio.

─Así que buscas empleo chamaco, ¿sabes leer y escribir?, —inquirió el señor mientras le dio una mirada de escrutinio de pie a cabeza.

─Por supuesto señor que se leer y escribir muy bien, además de que ya terminé la instrucción secundaria allá en el Puerto de Frontera, aquí tengo el papel que me dieron en la escuela.

─Estarás a prueba este día, como tienes la secundaria terminada mejor toma estos libros y elabora un informe de lo que ha entrado a la tienda, lo que hace falta adquirir hasta hoy, fíjate muy bien en las fechas, y siéntate en aquella mesa, allí hay papel y lápiz, ─le ordenó el señor.

Agradeció con una breve inclinación, tomó los libros y en una hoja fue anotando los días, los egresos e ingresos a la tienda, para las dos de la tarde ya tenía el informe terminado. Recibió una felicitación, así que a partir de ese día estuvo contratado trabajando en el lugar.

Dando las dos de la tarde todos los empleados salieron a comer, por tanto, durante las siguientes horas estaría sin nada que hacer. No tenía idea de dónde iba a comer, y mucho menos en qué lugar dormiría, eso representó un serio problema. Deambuló por las calles sin rumbo hasta que harto regresó al punto de partida, o sea la Plaza de Armas.

Se hundió en una de las bancas y miró hacia el cielo de nuevo, para que le enviara ayuda. En un visaje, tuvo de nuevo sentado a Julio César muy cerca y que le dio un fuerte apretón de manos para felicitarlo, pero, ─¿cómo sabía que en ese momento ya estaba trabajando en la Compañía?, ─fue una duda que le brincó en la cabeza, ─este chamaco quizá puede leer la mente, ─recapacitó.

─Espere un momento joven Julio César, aún no te he dicho nada, primero escúcheme y luego me felicita, ya tengo el trabajo, pero hay un problema, no tengo a dónde ir a comer o quedarme a dormir para ir al trabajo mañana.

─Eso no es problema, puedes comer con doña Petrona que está en la Plaza Vieja o sea el Mercado que está atrás del Palacio de Gobierno, para dormir, te quedas en mi casa y listo, se acabaron los problemas, ve a comer y aquí te espero.

No supo si las palabras de aquel chamaco extraño eran sinceras o las decía para que se sintiera en confianza y luego saliera con una jugarreta de mayor tamaño, qué dilema profundo le planteó la vida, confiar en éste loco o regresar como un perdedor a su pueblo, de forma vacilante tomó el camino indicado, volteando a ver de vez en cuando hacia atrás, para cerciorarse de que el chamaco extraño seguía ahí sentado en el respaldo de la banca.

Encontró el mercado y la fonda de Doña Petrona abierta a esa hora (las dos de la tarde hasta las seis era el tiempo de la infaltable comida y siesta, costumbre arraigada en el lugar*)*, por tal motivo todas las calles permanecían desiertas durante ese lapso y ni los perros deambulaban por allí. Tomó un caldo de gallina con papas y

un agua de naranja agria, después regresó a la Plaza de Armas como había acordado con el chamaco. A distancia lo pudo reconocer, al instante este se acomodó una gorra inglesa de fieltro café que sacó de la bolsa trasera del pantalón y se puso de pie.

—Que te pareció mi estimado *chamaco que viene de Frontera*, allí se come muy bien y por poco dinero, son unas viejitas *a toda madre*, lástima que la mayor se vaya a ir de aquí, pero eso es otra historia; sale y vale, vamos a mi casa para que cuando salgas en la noche tengas a dónde dormir, —le dijo muy campante.

—Oiga joven Julio César, pero no tengo la menor idea de dónde vives y como voy a pagarte el alquiler, solo traigo quince pesos en la bolsa.

—Bueno entonces sígueme para que te enteres dónde vas a estar en estos días y por la paga no estés tan preocupado, ¡vamos chamaco!

Se encaminaron hacia una zona apartada del centro por el área de la loma de *Esquipulas* (parte alta de la ciudad sobre la avenida 27 de febrero en la actualidad) y detuvo el andar frente a una casa de dos niveles, se apreciaba grande o sea que este muchacho era de familia *pudiente* (como se decía en Villahermosa a las familias ricas), abrió la puerta y lo invitó a pasar, e hizo una caravana con la mano.

Adentro tuvo la sensación de que estaba en otro mundo, unas cortinas de telas vaporosas se mecían al compás de la brisa que entraba por las ventanas. En el fondo había un patio lleno de helechos y unas flores blancas en forma de corazones (anturios) que no reconoció de inmediato. El mobiliario de bejuco estaba bien acomodado y las mesas lucían pequeños mantelitos bordados, del techó pendía un candil con varias bombillas que Julio César encendió ya que había un poco de penumbra.

—No sea penoso, aquí no hay nadie, solo una señora que viene por la mañana para hacer el aseo, luego se va a su casa y regresa muy temprano hasta el otro día.

—Es que nunca había estado en una casa ajena tan grande y hermosa como esta donde vives, ¿y tu familia dónde está?

No hubo respuesta solo avanzaron hasta la escalera que llevaba a la planta alta, en el descanso a la mitad del muro un enorme espejo colgaba reflejando parte de la

sala; su marco dorado estaba tan limpio y bien cuidado que daba la apariencia de estar recién comprado. Un reloj de caja dio tres campanadas indicando la hora.

─Será mejor que descanses para que en la tarde tengas ganas del resto de tu jornada laboral allá en la tienda, ahí tienen fama de estrictos, y no quisiera que te retrasaras en tu primer día, así que entra a lo que será tu habitación esta noche.

─Oiga joven Julio César, no quisiera causar tantas molestias, mejor me siento en la sala y espero que den las cinco cuarenta y cinco para irme al trabajo, usted si quieres puedes descansar en su recámara, prometo no tocar nada.

─Muy bien *chamaco que viene de Frontera*, pero quiero que me tengas confianza, en mi familia no somos gente malvada, al contrario, somos buenos para *arrimar el hombro* a quien lo necesite, así que quítame el *joven* y solo dime Julio.

─Entonces le pido un favor, no llames *chamaco que viene de Frontera*, por si ya te olvidaste, me llamo Atanasio o si quieres Tano, como me llaman en la casa.

─Muy bien, desde hoy te llamaré de esa manera no te preocupes, pero me gustaba más el otro nombre, porque fue el primero que se me ocurrió al escuchar tu forma de hablar tan peculiar.

Le extendió la mano como para sellar el pacto de amistad, sintió las manos de Julio frías a pesar de que a esa hora el calor estaba más que en su punto. Sus ojos amarillentos se clavaron en lo profundo de los pensamientos de Atanasio y una extraña sensación de que esto ya lo había visto antes, le asaltó en la mente ─A lo mejor es eso que una vez un marino contó que le había pasado y le llamó *Dejá Vu* (experiencia que se siente como si se hubiera vivido antes)

Atanasio se sentó en la sala para hacer tiempo y dejó volar la imaginación viendo el cielo raso de tela pintado con nubes anaranjadas en un atardecer, sintió la brisa del viento que le rozaba las mejillas, incluso escuchó un arroyo sonar en la cercanía, al fondo dos voces femeninas cantaron entre un bello paisaje arbolado.

─Esto es un sueño, yo no estoy aquí, sino en la sala de una casa extraña, ─se dijo con voz susurrante para darse valor ante este extraño acontecimiento, dio varios pasos para adentrarse entre los árboles cercados por esas plantas con flores blancas, las mismas que había visto en el jardín cuando entró a la casa. El vuelo de un pájaro

de muchos colores distrajo su atención y lo siguió hasta dónde se había posado, empezó a cantar y luego se perdió volando hacia el cielo.

—Déjalo, es libre de ir dónde él quiera, las aves siempre ven la vida desde la libertad de su canto y de su vuelo; nacieron libre y así deben permanecer, ¿no lo crees así mí estimado Tano?

Regresó la mirada y allí estaba Julio, vestido con una bata negra y bordes rojos que se extendía con amplitud por el suelo, tendió su mano, de nuevo pudo sentir su frialdad, despertó sobresaltado poniéndose de pie y mirando hacia todos lados para cerciorarse de que estaba solo.

Esto le pareció una rara experiencia que no había tenido en su vida, todo fue tan real como si de verdad hubiera estado parado mirando ese paisaje. Regresó la mirada al cielo raso de la sala que estaba simplemente pintado de un tenue color anaranjado, no encontró rastros de las nubes.

Como lo habían acordado retornó del trabajo a las ocho con quince minutos a la casa, la puerta estaba entreabierta, así que se introdujo hasta quedar dentro. Las luces estaban encendidas, en la mesa del comedor había dos tazas y dos platos en espera de la cena. Julio con un mandil corto salió de la cocina con una jarra de café en la mano.

—Te esperaba para que cenáramos y no dormir con el estómago vacío, luego por eso vienen las pesadillas que te espantan el sueño, ven siéntate aquí, —jaló una silla indicando en dónde debía sentarme, por tanto, solo se limitó a observar sus idas y vueltas trayendo varios platones con panes y quesos además de otra jarrita con leche, al final se quitó el mandil y se sentó muy cerca de Atanasio.

—Creo que no tengo cómo pagarte este favor y no quiero causar una molestia, qué dirá tu familia si se entera que has traído a un extraño a tu casa.

—Eso no va a pasar jamás, ya te dije antes que no hay problema, y a veces puedo traer a la casa algún amigo en problemas, como tú, por ejemplo, —respondió Julio tranquilo y seguro.

Atanasio miró la discreta sonrisa de lado que apareció en la boca de aquel todavía extraño chamaco, fue una mala señal de que quizá estaba tramando algún

disparate para más tarde. Esa noche en la cama, aparecieron en la mente del chamaco frontereño un sinfín de pensamientos, algunos medio terroríficos y otros completamente descabellados, pero ninguno hizo referencia a cosas sexuales.

—¿Será que este chamaco, tiene pacto con el *tarrudo* (el diablo) malvado?, o es así de raro siempre, ¿puede ser que sea un asesino y en la media noche me va a matar?, creo que eso ya lo habría hecho en la tarde, pero no confío en esa sonrisa de lado.

Esa noche fue hasta el baño, quedó impresionado con la amplitud del lugar, las paredes estaban recubiertas por mosaicos blancos, el lavamanos tenía dos llaves y frente tenía un gran espejo, todo ahí era de lujo hasta la regadera. En una silla acomodó su ropa, se bañó con tranquilidad, cuando terminó abrió la puerta para toparse de frente con Julio que por lo visto también se disponía a lo mismo.

—Uy, qué susto me has dado, no esperaba encontrarte ahí, es que no haces ruido al caminar como yo, —dijo el chamaco frontereño dando un salto hacia atrás asustado.

—No pasa nada, a veces vamos a coincidir en alguna parte de la casa puesto que aquí vivimos solo los dos.

Julio pasó a su lado, pero aprovecho la ocasión para respirar fuerte, de tal manera que hizo estremecer a Tano, al mismo tiempo dejó caer una parte de la toalla que lo cubría y se introdujo en el baño.

A la distancia Atanasio observó en todo su esplendor el cuerpo del compañero que no era desagradable, eso hizo que sintiera un calor en las mejillas y cerró la puerta de inmediato.

Estando en su cama, se mantuvo pensando por un largo tiempo en esa imagen que Julio le dejo ver con claridad, incluso imaginó la sonrisa de lado que lo ponía nervioso, pero eso no paso fue solo en su imaginación. Sin embargo, su cuerpo reaccionó de manera intempestiva, así que, con mucho cuidado y silencio, se dio auto satisfacción para poder dormir tranquilo.

La mañana los alcanzó y se vistió a prisa, para ir de nuevo a la tienda, durante varias horas hizo la contabilidad a las existencia de productos en la bodega y calculó

cuantos habrían de adquirirse para tener una buena reserva. En el transcurso de ese día lo pusieron a atender a una familia de chinitos radicados en la ciudad, querían un precio especial por comprar más de trescientos tornillos, tuercas y clavos.

El Gerente, accedió y Atanasio se aprestó a entregarles en tres saquillos lo que habían solicitado, los fueron colocando en una carretilla. Allí otro chinito muy joven tomó los implementos, y salió disparado hacia el fondo de la calle. Uno de los dos asiáticos, el más grande de edad, se le acercó y señalándole con su bastón dijo: ─Hey muchacho, cuidalte debes polque hay un pájalo que vuela en tu cabeza, es el espílitu de alguien que no tiene sangle, pelo hay otlo que es espílitu bueno él es lejano, cuídalte debes.

No dijo más nada porque el otro más joven lo jaló hacia donde estaba el resto de las mercancías, que habían adquirido en otras tiendas. Atanasio regresó al mostrador y fue atenuando la respiración que la tenía medio acompasada. Llegó la hora de la salida y se fue directamente al mercado, tenía tanta hambre que materialmente desapareció la comida en cuestión de minutos. Con el estómago lleno regresó los pasos hasta la Plaza de Armas y buscó un lugar arbolado para descansar.

Dejó que los sueños le llevaran por los caminos que quisieran, ahora no vio nada solo una claridad permanente, cuando por fin aparecieron los árboles, percibió una mano helada en el hombro que le hizo despertar de golpe.

─Tranquilo amigo Tano, que haces aquí y ¿porque razón no fuiste a descansar a la casa?

─No quería caminar hasta allá y mejor preferí sentarme aquí, que acaso no percibes la tranquilidad que hay en este sitio, se puede pensar en muchas cosas y descansar al mismo tiempo.

─Por ejemplo soñar con una arboleda y nubes anaranjadas viajando hacia el sol, eso sí que sería muy grato de ver, ─agregó Julio que se acomodó a su lado colocando sus manos en la nuca y lanzó una mirada hacia cielo, completamente azul y sin nubes. Atanasio miró extrañado al compañero por lo que había dicho y se distanció unos centímetros de él con mucha calma.

─Sería fantástico que los sueños se cumplieran y no tuviéramos que pasar por fracasos, ─dijo mientras fijó la mirada en aquellos ojos amarillos que tanto le llamaban la atención.

─Así es, pero a ver amigo, cuéntame de tus aventuras allá en tu pueblo, seguro que tienes a varias chicas siguiéndote o mandándote cartitas de amor.

─Nada de eso, como soy feo y flaco, además hablo poco, ninguna me hace caso, para colmo no se bailar, una tía dice que es porque tengo dos pies derechos, por eso bailo tan mal.

─Nunca había escuchado eso antes, a poco ¿existen personas con pies dos derechos?, ─no pudo ocultar la risa que explotó en la cara de Julio.

─Es un dicho popular para los que como yo no tienen el sentido del ritmo.

─Eso ya lo sé, pero unas palabras en la mente me dicen que hoy en la noche, después de cenar tendré una sorpresa para ti, bueno ya es la hora de que regreses al trabajo y no olvides regresar temprano a la casa, ─de un salto estuvo parado en la calle y se fue con paso ligero rumbo a la casa.

El recién llegado nunca se dio cuenta del tiempo que había pasado platicando, pero le pareció que en fracciones de segundos la vida había caminado de prisa y ya eran las seis de la tarde. De regreso en la noche pasó por una panadería y compró una buena dotación de panes, eso lo hizo para no sentirse mal en esa casa, colaborando con algún alimento.

Llego a casa con la bolsa de panes sujeta y la colocó en la mesa, al mismo tiempo que Julio apareció con las jarras de café y leche. Los aromas se mezclaron, con las del pan recién hecho, valoró con agrado el tener esa mezcla en el sentido del olfato. Le llamó la atención que el chamaco estuviera vestido muy formal para esa hora, con camisa de manga larga y un corbatín de moño.

─¿Vas a ir algún lugar en la noche?, porque veo que te has vestido de gala.

─Así es, quedé con un nuevo amigo para enseñarlo a bailar.

─Qué bueno porque así puedo aprender viéndolos, ya después puedo intentar hacerlo solo.

─Hey que te *pasa calabaza*, esa es la sorpresa y el amigo eres tú zopenco de porra.

Se quedó callado sin saber qué hacer, dejó que Julio le tomara la mano, sin saber de dónde surgió la música (había un tocadiscos sobre una de las mesitas que apareció de la nada, porque no estaba antes o mejor dicho no lo había visto) y lo fue llevando de las manos con mucho ritmo por la sala, que se encontró despejada de muebles, pensó que esa la había arreglado éste chamaco con anticipación. Contagiado por la risa y sin que él se diera cuenta empezó a llevar el compás de la música.

Primero bailaron al compás de un vals, luego lo hicieron como trompos siguiendo a la orquesta de *Bill Halley y sus cometas*, también canciones de *Elvis Presley*, para finalizar con mambos de *Pérez Prado y su orquesta.* No supo cómo hizo para que una pieza musical siguiera a otra, pero al percibir que la música continuaba por tiempo indefinido, imaginó que los discos estaban colocados uno sobre otro en montón.

El sudor pronto empezó a dejarse ver en la camisa y en la cara de Atanasio que respiraba fuerte, sin embargo, Julio daba la apariencia de no estar cansado ni sudoroso, este lo miró, y se le acercó hasta quedar con las narices rozando.

─Ya sabes bailar Tano, ahora puedes sacar a quien quieras *a mover en bote.*

─¿A qué bote te refieres?, esto no era para aprender a remar, ─le contestó atajándolo con las dos manos.

─Caíste mi amiguito, es una frase que se utiliza para quien ya aprendió a bailar.

Buscó una silla y pasó algunos minutos viendo bailar a Julio ese nuevo ritmo que llamaba *Rock and Roll*, parecía no tener el más mínimo cansancio, estaba por así decirlo, impecable como si no hubiera pasado nada. Atanasio le dijo que debía descansar porque mañana entraría a trabajar un poco más temprano; así que le dio las gracias y se retiró a su habitación; por esa noche quedó satisfecho con lo aprendido.

Luego sobrevino un silencio, solo el ulular del viento que entró por las ventanas, salió de la recámara para asomarme a la sala y allí todo estaba en su lugar, con la luz de la luna entrando por el patio, observó con asombro que todos los muebles estaban

en su lugar original, ─que extraño hace un minutos estaban todos arrimados sobre las paredes, ─se dijo en voz alta, rascándose la cabeza, pero en esta casa todo parecía estar de cabeza.

Pasaron los días y luego las semanas, para entonces el apego se fue haciendo costumbre; sabía que en la mañana Julio salía muy temprano, luego lo veía a la hora de la siesta, cenaban juntos y después a descansar, así que la rutina se fue haciendo cada vez más plana, nada variaba, siempre sucedía lo mismo.

Cada quince días Atanasio aprovechaba el fin de semana para regresar a la casa de sus padres en el Puerto de Frontera, ellos estaban orgullosos de que tuviera un trabajo en la capital, su mamá le insistía con el tema de las novias, pero él se escapaba por la tangente argumentando mucho trabajo.

─Tienes que *sentar cabeza* muchacho y buscarte una mujer, no vas a vivir así solo como si fueras un loco, además tu hermana Queta ya se va a casar en diciembre, recuerda que *hermano saltado es hermano quedado*.

─Uy que suerte tiene la Queta, ya se nos va de la casa por el *casorio*, ─le respondió a su mamá con una falsa cara de preocupación.

La señora le lanzó una mirada fulminante que si hubieran sido cuchillos estaría bien muertito, pero ahí entró el hermanito menor al rescate y se llevó a su *jefecita* a otra parte de la casa. Ya tranquilo tuvo la sensación de que Julio estaba también de buen humor, aunque estuviera solo. Lo pudo ver en la mente, sonriendo, sentado en el balcón, comiendo *turuletes* (5) y tomando una buena taza de chocolate.

El domingo en la mañana acompañó a su familia a la Misa Dominical, tuvo que hacer de tripas corazón, no era muy afecto a las celebraciones religiosas, es más estaba en la etapa de escéptico, solo estaba la ciencia que lo explicaba todo. A la salida se fueron a tomar un refresco hasta la tienda de don Aginar Magaña situada frente al parque central.

─¡El hijo del garabato: desaparece una muchacha que vivía en el barrio de Santa Cruz, (ubicado el norte de la ciudad y donde actualmente se encuentra un parque sin nombre) parece ser obra del fantasma del panteón allá en la Villahermosa!, ─gritó un señor que vendía periódicos en el lugar.

─Parece que los vende periódicos me andan siguiendo, ahora ya los hay por acá, con el sonsonete del fantasma, ─expresó Atanasio mientras se acarició la barbilla, compró uno y se puso a hojearlo con calma.

—Ya pareces un villahermosino, ahora lees el periódico y tomas café, vaya con este muchacho de porra, —dijo el papá con orgullo.

El domingo en la noche estuvo de regreso en la casa de Julio, éste no había encendido las luces y la sala permanecía a oscuras, estando en el arranque de la escalera escuchó la voz de Julio que venía de las sombras, creyó que la sangre se le congeló.

─A ver Tano, ¿no tienes nada que contarme ahora que has regresado?, ─dijo con la voz ronca que no le había escuchado antes.

─Huy, si tengo, pero ya se olvidó con el susto que me diste, te ofrezco una disculpa, pensé que estabas en tu recámara descansando ya, y por eso no quise molestarte.

─¿De casualidad estuviste pensando en mí?, porque yo si estuve pensando en ti ahora que no estabas, así que por las tardes estuve comiendo galletas de pinol en el balcón, además quiero pedirte un favor, tal vez por unos días me permitieras dormir en tu cuarto porque hubo un percance muy serio en el mío y por eso te esperaba para solicitarte eso.

─Julio, esta es tu casa y yo soy solo un huésped, así que puedes pasar en el cuarto las noches que quieras, yo puedo dormir en el suelo o en la sala.

─Tampoco se trata de eso, es solo una incomodidad de unos días como te dije, además la cama es amplia y los dos somos delgados como un *latigazo en lodo*, podemos entrar sin problemas.

─Pero esto me parece un poco extraño y además…, ─no pudo terminar porque Julio le puso el dedo índice en la boca.

─Nada de extraño, no te voy a tocar, estarás más seguro a mi lado que estando solo.

Atanasio se sintió incómodo por la solicitud, la verdad es que él nunca había dormido en compañía de algún extraño y menos en la misma cama, una costumbre

muy arraigada en los pobladores del estado durante el siglo pasado, pensó que aquello era incómodo, —Cómo podré dormir tranquilo sabiendo que Julio está a escasos centímetros de mi cuerpo, —pensó.

El atrevido de Julio que parecía no importarle nada, entró a la recámara, se trepó en la cama, abrazado una almohada y quedó dormido de inmediato, como si fuera un niño.

La primera noche la pudo salvar y dormir bien, sin ningún sobresalto nocturno, la siguiente noche, vio cómo se metía a la cama en ropa interior, además lo invitó muy sonriente a dormir junto a él, dando golpecitos con la palma de la mano sobre el colchón. Como un tonto le hizo caso, pero por si las dudas él durmió boca arriba y casi con un ojo alerta. Tuvo cierta desconfianza que lo hizo pensar sobre la posibilidad de que durante el sueño profundo este chamaco extraño se le trepara encima.

La noche transcurrió y no pasó nada de lo que había pensado, es más nunca supo a qué hora se fue, solo estaba en su lugar una huella marcada por un halo de sudor que olía a madera recién cortada, por cierto, Julio siempre despedía ese perfume aún a la hora de dormir.

El día se le fue en un abrir y cerrar de ojos, de nuevo estuvo en la casa para cenar, platicar de sobremesa y dormir juntos.

—Oye Tano te veo muy cubierto en la noche, ¿será que me tienes desconfianza y por eso te vistes para dormir con ese pantalón ridículo y la camisola de algodón?, o es acaso que tienes miedo de que yo me propase contigo, ese no es mi juego, de ser así te lo habría dicho la primera vez que te vi.

Sintió un calor en las mejillas, debido a que Julio lo atrapó en su estrategia de protección contra cualquier intento de abuso.

—No es eso, es que luego hace frío y la sábana en muy delgada.

—Pues eres la primera persona que en pleno verano tropical siente frío, eso se llama desconfianza y nada más, si una cosa me molesta mucho es que las personas digan mentiras para justificar su comportamiento.

El chamaco se quedó en silencio dando por asentado que lo dicho por Julio fue muy cierto, en realidad le tenía desconfianza, así que prefirió escabullirse entre la sábana para no continuar con esa plática que pareció ponerlo entre la espada y la pared.

Durante el sueño de esa noche, regresó de nuevo a esa arboleda cobijada por el cielo anaranjado, vio al pájaro de colores revolotear entre unos matorrales, parecía que estaba herido y no podía remontar el vuelo, se acercó para ayudarlo, pero comenzó a hablar:

—No puedo volar, de eso tú tienes la culpa, no dejaste que lo hiciera, porque estas siempre mintiendo y eso lo destruye todo.

—Pero ¿cómo puede ser que yo sea el culpable de una acción que no he llevado a cabo?

—Mira a tu alrededor chico mentiroso, ¿dime que le falta a este lugar?

—No falta nada, todo está en su sitio.

No pudo continuar hablando porque surgió un ave de presa, quizá un Halcón o un *Guaraguao* (7), le arrancó la cabeza y se llevó el cuerpo en el pico.

Le salpicó la sangre y quedó congelado hasta sentir una mano fría en el pecho, despertó sobresaltado y abrazado de Julio. Sintió que la vergüenza lo invadió ante la cercanía de sus mejillas y agrandó los ojos.

Julio pareció no percatarse del abrazo, así que fue moviéndose con lentitud para regresar a su lugar. No dejó de mirarlo buscando que despertara de súbito y entonces tendría que ofrecerle una sarta de disculpas por lo sucedido.

Como nada de eso pasó volvió a caer en un sueño profundo, pero no regresó al lugar que había visitado antes, solo rostros difusos y palabras incomprensibles, pero de las aves, nada. Al comenzar el alba, estaba solo en la cama, a su lado estaba ese extraño halo de sudor en la almohada y el aroma a maderas.

Durante la mañana mientras miraba pasar a los habitantes de la ciudad por la puerta del almacén, alcanzó a ver la figura de Julio que caminó por la acera de enfrente, después entre los paseantes y los árboles del parque Benito Juárez

(ubicado en el mismo lugar en el centro de la ciudad desde su creación y con innumerables remodelaciones durante el siglo XX y el XXI) lo perdió de vista.

─¡Órale chamaco boca abierta!, deja de perder tu tiempo mirando embobado a la nada y atiende a los clientes que se están amontonando en el mostrador, ─le gritó uno de los empleados que estaba junto.

Regresó a la realidad y se dedicó a lo ordenado. Antes de que dieran las dos de la tarde, vio a lo lejos la figura de Julio recargado en una esquina de la calle; colgó el mandil de dependiente y fue a su encuentro.

Atanasio era un joven pueblerino que se enfrentaba a otro de la ciudad que le resultaba muy desparpajado. Siempre fue muy formal en el vestir así que usaba *ropa de viejito*, según decía Julio; como era de complexión delgada toda la ropa le quedaba bien fuera la que fuera. Así que componiéndose la camisa y luciendo su mejor sonrisa caminó hasta la esquina donde lo esperaban.

─Hola, que haces por aquí tan temprano, no fuiste a trabajar o ya te echaron a la calle, por ruidoso, ─dijo Atanasio de forma sarcástica, esbozando una sonrisa.

─Nada de eso, solo vine por ti para que comamos juntos, la señora de la limpieza preparó un estofado de gallina con papitas y arroz, como es mucho pensé en compartirlo contigo.

─Discúlpame si por alguna razón resulté grosero estas noches, pero gracias por invitarme eso me sonó muy sabroso y por supuesto que acepto tu invitación, el estofado de gallina es mí comida favorita.

─Entonces vamos antes de que se enfríe.

Se fueron caminado y hablando de toda clase de bobadas hasta llegar a la casa. Ya frente a la mesa, Julio destapó la olla, el aroma del guiso penetró por la nariz y se fue hasta el cerebro del chamaco. Ese olor le trajo gratos recuerdos de su infancia cuando sacaba buenas calificaciones en la escuela primaria y su mamá lo premiaba con un guiso igual.

La plática se fue adentrando a terrenos un tanto escabroso que terminó por hacerlo sentir incómodo, porque no estaba acostumbrado a tales razonamientos sobre la sexualidad masculina. Sin embargo, estaba presto a responder lo que se

necesitara con el fin de dejar en claro que no era una persona persignada o *mocha* como comúnmente se les decía a los muy religiosos.

—Piensas que dos hombres pueden dormir juntos o ¿crees eso que dice la religión sobre un pecado mortal?

—Bueno, una cosa es lo que dice ahí y otra muy distinta es que yo me crea eso, pero claro que, si pueden, siempre que sean amigos sinceros como nosotros, —respondió Atanasio mientras le lanzó una mirada tranquila a su compañero.

—Porque la otra noche me di perfecta cuenta de que has decidido no tenerme miedo y dormir abrazado, sabes eso me trajo el recuerdo de un lugar lejano donde vivía un niño que le tenía miedo a la oscuridad, pero al darse cuenta de que eso es solo un estado mental, no volvió a temerle.

—Julio, te ofrezco una disculpa, no fue esa la intención de hacerlo es muy vergonzoso de mi parte aceptar que lo hice dormido y no estaba en mis cabales, discúlpame una y mil veces, —respondió nervioso el chamaco.

Sintió que las piernas le temblaban y la sudoración en las manos fue tal que pudo estampar perfectamente su palma en el mantel. Sacó su pañuelo y limpió la sudoración generalizada, tenía en la boca un sabor amargo, cuando miró el pañuelo había una pequeña mancha de sangre que brotó de su nariz.

Atanasio padecía de sinusitis que a veces lo dejaba en ridículo, puesto que la sangre le salía de manera espontánea.

—Hey chico, tranquilo, no lo hice con el afán de molestarte, es solo que quería decirte que eso estuvo normal, porque me dio a entender que estabas tranquilo y en confianza, así que deja tus nervios para un hecho más significativo, ahora es tiempo de celebrar que somos los mejores amigos que presagié cuando te conocí.

Fue hasta donde estaba Atanasio y le limpió la sangre que tenía sobre los labios, al final le dijo que se calmara y estuviera tranquilo de lo contrario sangraría aún más, le puso la mano en su frente y asintió con la cabeza.

Se paró y fue hasta la despensa de dónde extrajo una hermosa licorera de cristal, a la pasada tomó dos copas, puso una frente al chamaco, y empezó a servir el líquido aromático de color rojizo.

─Brindemos porque te sientas mejor cada día, y celebremos que vamos por el camino correcto de la vida.

─Yo no tomo licor es una cosa que nunca hago.

─No más mentiras Tano, sé que sí lo has hecho con tus amigos del pueblo, entonces es que ¿no te quedó claro cuando te dije que somos mejores amigos?

No le quedó más remedio que aceptar la invitación de buena gana, así que con el primer trago sintió un incendio en la garganta, pero los siguientes le soltaron la lengua, estuvo convertido en un auténtico perico. Habló hasta de lo que no debía decir, en la euforia besó la mano de Julio, y le juró muchas cosas que después serían su perdición, ya lo dice el viejo refrán: *preferible ser prisionero del silencio, que rehén de las palabras*. Pasaron una noche excepcional, terminaron en la cama (en el buen sentido de la palabra)

La mañana los alcanzó crudos y abrazados, esta vez Julio sí estaba despierto junto a él, sonriendo. Le acarició el cabello y no sintió pena ni vergüenza, así era en realidad Atanasio, un chamaco sensible. Julio saltó de la cama y dijo: ─No te muevas de allí Atanasio, voy por un líquido que regenera el cuerpo para tomar aquí en la intimidad.

Asistió con la cabeza y quedó completamente solo, por más que insistió con los pensamientos no logró recordar nada de la noche anterior, y porqué estaban tan juntos en la mañana. Sus cavilaciones terminaron cuando el otro entró con una bandeja.

─Te hice juguito de naranja, pan tostado con miel y café negro, eso te hará recobrar fuerzas, te sentirás mejor.

─Escucha Julio, recuerda tengo que ir a trabajar a las ocho en punto.

─¿hoy domingo?, eso está muy mal, anoche dijimos que no más mentiras.

Esto no lo pudo creer, que había pasado con el viernes y el sábado, empezaba a no entender nada, así que tomó el vaso de jugo y lo desapareció en un segundo. Tenía tanta sed que bien podía tomarse un litro de ese delicioso jugo, pero continuó con el café.

Al percatarse de la realidad le causó de nuevo vergüenza estar en calzoncillo entre la cama con otro muchacho que ni siquiera era su familiar, así que prefirió escabullirse de nuevo entre la sábana.

—Chamaco tímido, qué te parece si continuamos descansando y en la tarde vamos al cine.

Solo asomó la cara para decir que sí y la pena lo sonrojó de nuevo, había recobrado la ecuanimidad, entonces recordó cada una de las aterradoras cosas que hizo y sobre todo las que dijo, se abrazó de Julio en una actitud de disculpa.

Las ideas de Julio siempre fueron como un deseo anticipado, de lo que Atanasio pensaba hacer más tarde, había cosas que le invitaba llevar a cabo antes de que él dijera *esta boca es mía…* Así se fueron dando espacios cada vez más cortos entre los dos. A partir de ese instante se sintió seguro de estar a su lado, era una rara sensación el descansar junto a él, a veces se tomaban de la mano y otras tantas apoyaba su cabeza en el pecho del chamaco que ya no le era tan extraño.

Llegado el momento y dándose las condiciones propicias se dieron el primer beso que desembocó en un reconocimiento corpóreo de los sentidos del tacto, el resto fue producto de la *noche tibia y callada de Villahermosa*, acompañada de una luna burlona que los miró desde el cielo.

—Sabes Julio, quiero que me comprendas, esta es la primera vez en mi vida que estoy haciendo esto con alguien más, nunca me han besado en la boca y mucho menos tocado por todos lados, pero me siento feliz de que esto haya sucedido contigo.

—No te preocupes, eso ya lo sabía mucho antes de que lo dijeras, solo bastaba ver cómo te comportas para que cualquiera se diera cuenta que estás *intacto* en todos los sentidos, pero eso no es motivo de sentirte avergonzado, al contrario, es un motivo para enorgullecerse.

—Entonces vayamos despacio, para que yo me pueda acostumbrar, no quiero parecer eso que tú llamas *intacto* y además medio pendejo, deseo ser como tú.

—Que sea como lo decidas mi hermoso *chico que viene de Frontera*.

Al final salieron de la casa para dirigirse al cine que se encontraba frente al parque Benito Juárez en pleno centro, vieron una película misteriosa, *En la palma de tu mano*, con Arturo de Córdova y Leticia Palma, trataba de un estafador que se hacía pasar por clarividente y veía el futuro.

De regreso a la casa se detuvieron en el café *Del Portal* donde se entretuvieron platicando sobre el tema de las cosas ocultas y existen personajes malévolos que anda por el mundo haciendo maldades.

Los días pasaron con nada en particular, solo los encuentros llenos de amor que se fueron haciendo muy especiales entre los dos, cada uno supo encontrar un camino para agradar al otro y así llegaron a terrenos insospechados donde el éxtasis y la pasión tenían su territorio.

Una tarde que Atanasio no fue a trabajar, se puso a indagar por la recámara de Julio para ver el famoso desperfecto que lo obligaba a dormir en su cama. Oh sorpresa, la habitación estaba vacía solo un espejo colgado en la pared que reflejaba el vacío, en ese lugar nunca había existido algún mueble, en las paredes la pintura descascarada mostraba un deterioro raro.

Fue dejando huellas impresas sobre el polvo acumulado en el suelo de madera, prueba de que allí tampoco nadie había caminado desde hacía mucho tiempo. Por varios minutos permaneció absorto mirando hacia las cuatro paredes, se acercó a la ventana y a lo lejos vio la figura del chamaco acercarse a la casa, salió con mucho cuidado del sitio y aguardó en la escalera a que llegara.

—Que sorpresa encontrarte en la casa antes que yo, ¿será que te escapaste del trabajo, mi amado Tano?

—Bueno, la verdad quería darte una sorpresa y traje *Xiguá* (torta de elote) del mercado, sé que te gusta mucho.

—Entonces será una noche especial, tendré que abrir una buena botella de vino para celebrar, ve a ponerte algo más ligero para estar cómodos.

Sin medir las consecuencias de sus acto le dio un beso apasionado de amor, el chamaco lo tomó por la cintura para jalarlo con fuerza hacia él, Atanasio sintió como si le cayera un rayo en la cabeza y quedara sordo e imposibilitado para moverme en un

instante. El contacto de sus labios tibios y suaves provocó en él una especie de éxtasis apabullante; el paisaje exterior le dio vueltas y se resbaló desfallecido en los escalones.

Cuando recobró el sentido, Julio lo estaba abanicando y pasando un paño húmedo por la frente, le echó un vistazo con mucha calma, desde ese ángulo parecía estar feliz de verlo recuperar el aliento de nuevo, Atanasio se movió un poco y su respiración se fue pausando hasta quedar tranquilo.

—No fue para tanto mi amado Tano, solo un simple beso de agradecimiento, así lo hacen los que son amantes.

—Lo sé, pero has sido la primera persona que me da un enorme beso imprevisto, creo que nunca lo voy a poder olvidar, fue una experiencia maravillosa, —le dijo mientras tocó sus labios para recordar esa sensación fulminante.

—Bueno entonces con más razón, cenemos con vino, mucho amor y nos vamos a la cama, que hay mucho por platicar ahí.

Cenaron un espagueti que prepararon entre los dos, aunque no les quedó tan sabroso, pero el hecho de hacerlo juntos los acercó más, rieron hasta de ver volar las moscas, Julio destapó la botella de vino tinto indicativo de que la felicidad estaba entrando por la puerta grande.

La hora de descansar se había convertido en la mejor parte de la noche, hablaron de todos sus problemas con mucha tranquilidad. Sobre todo, tratar de darle una explicación a esta relación que se había tornado muy afectiva. También lo aprovecharon para acariciarse sin ninguna restricción.

—En estos últimos días me he acostumbrado a estar cerca de ti y soy feliz por eso, quisiera saber, ¿qué pensaste al verme aquella mañana en la Plaza de Armas?

—Uy, creo que fue como un golpe de calor, cuando te vi sentado mirando embobado el cielo, sin que esto parezca ofensivo. Tu cabello lacio y tus ojos oscuros haciendo un recuadro a tu tez morena, además esa timidez que te mandas es lo que más me atrajo, Que niño tan lindo el que está ahí y por lo visto no es de por aquí, fue lo que pensé de inmediato.

—Creo que estás mintiendo porque ni soy niño, ni tampoco lindo, solo soy un chamaco nativo de provincia que anda por estos lares.

—Pues para mi eres eso y no me lo vas a quitar de la cabeza.

Se hizo una pausa para acercarse más y pudo percibir el característico olor a madera recién cortada que por momentos Atanasio pensó que estaba también en el ambiente.

—¿Por qué siempre te acompaña ese olor a madera, lo dejas en todo lo que tocas, y a veces creo que hasta en lo que ves?

—Esa madera se llama sándalo y es una madera que viene del oriente, cómo los Reyes Magos, por cierto ¿dónde estarás para la navidad, niño lindo?

—Dónde más puedo estar sino aquí con la persona que quiero, para que no estés solo como una vela, nos haremos compañía juntos, además podemos hacer el intento de preparar una rica cena.

—Eso sí que suena como un verdadero regalo de navidad, sabes qué, ahora deseo escuchar música clásica y ver qué cara pones al escucharla.

Bajaron la escalera y Atanasio se instaló en uno de los sillones mientras Julio fue hasta el tocadiscos, colocó un disco al tiempo que el joven empezó a mecerse al compás de una extraña música que nunca había escuchado, los sonidos fueron suaves y deliciosos al oído.

El *Adagietto* de *Gustav Mahler* cubrió todo el espacio de la sala y los puso en un lugar diferente, lleno de un vapor que nubló el paisaje interior, la luz de los arbotantes de la calle entraron en diagonal por las ventanas haciendo un paisaje irreal que Atanasio reconoció como parte de esa ensoñación que le provocaba estar cerca de su amado.

Julio se quedó parado frente a él observando sus reacciones y apreciar su cuerpo contrastado por la luz que lo hizo parecer más bello que de costumbre, le tendió la mano para ir al sofá, allí entraron los dos sin estar incómodos. La música llevó al chamaco a un descanso tranquilo sobre las piernas de Julio que jugó con su cabello.

El sonido se fue yendo cada vez más lejos hasta llegar el imperio de la noche que hizo lo propio cobijándolos entre las sombras. Afuera empezó a caer una lluvia que decía ─se acerca el otoño─, en ese momento los árboles empezaron a palidecer y enviar sus hojas al pavimento mojado.

La felicidad es un bien que dura instantes, así que con el nuevo día cada uno regresó a lo habitual. Julio al Palacio Municipal, y el chamaco en la tienda puso mucha atención a unos señores que solicitaban un crédito para adquirir una planta de luz a base de gasolina de reciente exhibición.

Les mostró lo que tenían en existencia, mientras observaban con detalle el aparato, se percató de la presencia de alguien más que daba vueltas entre las máquinas, así que se aproximó con reserva.

─¿Deseas usted adquirir algún objeto en especial?

─No exactamente, solo veo los apalatos, si uno gusta, te lo dilé, ─respondió el joven haciendo una inclinación.

Era el chinito que había visto con la carretilla una semanas antes, estaba ahí, parado frente a él, revolviendo un sombrero de fieltro en actitud de nerviosismo. Sus ojos rasgados miraron los del chamaco pueblerino que solo alcanzó a pensar: ─Guau, ¡qué ojos! tan lindos.

Este se rio al ver la reacción del chamaco, y no le quedó más remedio que ocultarse tras del sombrero, estaba apenado o eso fue lo que percibió en ese momento Atanasio. Era la primera vez que hacía sentir vergüenza a otra persona y esa sensación le agradó mucho.

─Puedo venil en otla ocasión, yo quielo hablal contigo.

─Porque no ahora que estoy aquí junto a ti, y lo tomó por el brazo para sujetarlo, advirtió como tensó sus músculos, en actitud de mostrar fuerza corporal, pero una sonrisa lo tranquilizó.

─Yo salgo a comer a los dos de la tarde, si me esperas podemos comer juntos y platicar sobre el tema que te interesa saber.

─Muy bien, entonces chinito espelal afuela.

Se sentó en la banqueta para esperarlo, su corta experiencia le dijo que se trataba de una buena persona, además había un no sé qué cosa a su alrededor que lo hizo pensar en cosas positivas sobre él. Llegó la hora marcada y se dirigieron hasta el parque Benito Juárez, buscaron un lugar sombreado e iniciaron la conversación.

Dijo llamarse Sun Yan, había nacido en China pero que sus padres lo trajeron a México cuando todavía era un niño de diez años, por eso todavía no hablaba muy bien el castilla, aquello resultó imposible de ocultar; también le habló sobre lo solo que se sentía en esta ciudad donde se le veía como un bicho raro, por el físico y su ropa, además no tenía amigos.

─Escucha chinito Sun, yo también soy de fuera en eso estamos en las mismas circunstancias, lo de no tener amigos también es otra coincidencia, pero la he sorteado a cómo pude.

─¿Puede entonces Sun sel un tu amigo y salil a paseal después del tlabajo?

─En efecto mi estimado chinito, cuenta con mi amistad de ahora en adelante.

Los ojos le brillaron y el rostro que parecía apagado al principio se le iluminó con una sonrisa. Le dio un fuerte abrazo y percibió en él ese aroma del famoso sándalo que estaba impregnado en el cuerpo de Julio, pero ahora también estaba en el ropaje de este simpático oriental.

No era de facciones fuertes, más bien refinadas, cejas tan delgadas que parecía no tener, un cabello lacio que traía sujeto en una cola de caballo que le caía en la espalda, estaba vestido con una bata de color amarillo, pero él dijo que era de color dorado y que se llamaba *Hanfu* (ropa tradicional en China), esa indumentaria lo mantuvo alucinado por unos momentos, además calzaba unos zapatitos de tela negra con la suela blanca. Tenía quizá una edad parecida a la de Atanasio o sea que rondaba los dieciocho o veinte años.

Fueron a comer al mercado que estaba frente al parque, sacó unos palitos y con ellos fue llevándose la comida a la boca, en realidad Atanasio estaba fascinado con él. Todo lo que hacía le llamaba la atención, su manera de sonreír y su pronunciación de las palabras que tenía R. Pasaron una tarde muy complacidos, resultó cierto que por un momento este chinito logró hacer que se olvidara de Julio.

Regresó a la casa para encontrarse a Julio con un *humor de perro amarrado*, no quiso contestarle nada de lo que preguntó, permaneció inmóvil sentado el uno de los balcones de la sala. El chamaco fue hasta el tocadiscos y puso una melodía que estaba seguro de que le complacería, al menos este quito su cara seria. Como castigo de no sabía qué rayos pasaba, con mucho cuidado y en silencio, se fueron a la cama sin cenar.

—Espero que la hayas pasado bien con tu nuevo *amiguito*, el resulta mucho más atractivo que yo.

—Un momento Julio, ese chinito no es mi *amiguito* como dices es solo alguien amable que conocí.

Ese era el enojo de Julio, un ataque de celos, de seguro los había visto y se sintió engañado, eso fue lo que menos pasó por la cabeza del frontereño, había llegado el momento para decir la primera palabra para que supiera lo mucho que sentía por él.

—Julio no chingues, por si no te has dado cuenta, yo te amo, significas muchas cosas buenas que comparto contigo, nadie en su sano juicio deja de lado a una persona tan bella y…, —no lo dejó terminar la frase porque se subió prácticamente sobre él al mismo tiempo le propinó un beso apasionado y con todas las de la Ley.

Como siempre una cosa lleva a la otra, resultó muy fácil continuar con los reconocimientos epidérmicos, las respiraciones entrecortadas, en fin, todo ese barullo, preámbulo de la sexualidad de común acuerdo.

La piel de Julio se erizó al contacto de los labios del chamaco, pero eso no fue lo mejor, pudo encontrar sus puntos dónde lo hacía vibrar de exaltación. Los vuelcos de sus cuerpos casi lograron hacerlos caer en el suelo, pero siempre estaba la mano fuerte de uno de ellos que salvaba la caída. En reciprocidad Julio buscó los puntos sensibles de su amado y comprobó que estos desenfrenaban sus movimientos llevándolo a un placer total.

Extenuados por la batalla, quedaron mirando el cielo raso, lo que había sucedido Atanasio nunca lo tuvo en mente, fue un instante tan placentero, terriblemente

adictivo y delicioso, quizá comparable como cuando era niño y se acostaba en la arena mirando hacia el mar con el agua tibia acariciándole el cuerpo.

Entre la claridad que entraba por la ventana pudo observar por completo el cuerpo de Julio durmiendo en total tranquilidad, el león en su pecho estaba en paz. Rosó su espalda con el dorso de la mano y los bellos de sus brazos se erizaron, sin embargo, no se despertó. Así pasó la primera noche amorosa de su vida el chamaco frontereño, mirando y volviendo a repasar la orografía natural de su compañero.

Con la mañana, olvidando las palabras de Atanasio continuó el reclamo y prefirió salir, a quedarse y derrumbar toda la hermosa ilusión creada la noche anterior. Antes de cerrar la puerta le dijo: ─Si aún no te quedó claro qué significas para mí *chico que viene de Frontera*, entonces no sé qué hacer para que me entiendas, te veré en la noche, ah y cuídate mucho.

Sus ojos vidriosos dijeron que estaba a punto de llorar, pero se estaba conteniendo, al quedar en soledad, dio rienda suelta al llanto, pensando que se había extralimitado, después de todo él estaba enamorado de su compañero y no sintió eso por nadie más hasta que conoció a Julio.

Cuando las cosas fueron a instancias de bien a mejor se pudo sentir feliz, por lo que regresó a casa con una cajita de *Toficos* (dulces de cajeta también llamados chiclosos de textura suave), examinó el lugar hasta que encontró a Julio entre las sábanas, haciéndose el dormido. Se acomodó a su lado y destapó un dulce, lo puso en su boca introduciéndolo delicadamente con el dedo índice. El muchacho abrió los ojos y una sonrisa pícara llegó a su rostro.

─Gracias chico lindo, eres lo mejor que ha llegado a mi vida y por eso te quiero ofrecer una disculpa de todo corazón por mi mal comportamiento en la mañana, yo también estoy aprendiendo a quererte, abrázame por favor.

Permanecieron así por varios minutos, hasta que Julio se levantó y sacó un anillo de una bolsita de papel, agregó que ese anillo era para recordarle siempre lo que significaba para él y no deseaba vivir en soledad.

─Gracias, tú también recuerda que en mi corazón existes en cada latido, nunca te haré algún daño y mucho menos cambiarte por otra persona, porque eres todo para mí también.

Atanasio estaba deseoso de repetir todo ese ritual de la noche anterior así que puso manos a la obra. Esta vez fueron más allá de lo que se podía esperar, esta noche superó en gran medida a la anterior, hubo palabras y frases de amor, además de miradas, suspiros y acciones desbordadas.

De niño, cuando tuvo la oportunidad de disfrutar un pastel, siempre se terminaba cuando más feliz se encontraba, en esta ocasión el pastel le pareció no tener una etapa de terminación, siempre aparecían nuevas formas, otras actitudes y nuevos lugares por visitar.

─Esto es la verdadera vida, por eso estoy aquí amado Julio, compartiendo contigo todo este espacio.

Aunque todo esto le pareció hermoso, fueron hasta la sala mostrando su total desnudez, Julio se encaminó a el piano que estaba en una esquina de la sala se sentó y empezó a deslizar sus dedos por las teclas:

─Esta canción la soñé cuando estaba pensando en ti.

“Yeah, yeah

Baby, por favor trata de perdonarme

Quédate aquí, no apagues tu resplandor.

Abrázame ahora, no te preocupes si cada minuto me debilito,

Tú puedes salvarme del hombre en el que me he convertido, oh sí”(8)

Atanasio nunca lo había visto tocar el piano de esa manera tan sensitiva, por lo que estaba sollozando de felicidad, es más no sabía de la existencia de ese instrumento en la sala, pero como todo en esta casa era increíble mejor se instaló en la música.

Julio se encontró tan emocionado cantando que también se le escurrieron las lágrimas, realmente era un ser apasionado, amaba poniendo todo su corazón en lo que hacía. Después de esa noche empezaron a tener un espacios de tranquilidad,

placer, música y una que otra revista de interés común durante el tiempo que compartían juntos.

En cierta ocasión cuando todo estaba en esa habitual serenidad Atanasio hizo una pregunta muy crucial para que entendiera eso de la relación entre ellos.

—¿Porque dijiste que estaban componiendo tu habitación?, si ahí nunca hubo nada, solo existe polvo, y paredes maltratadas.

—Bueno es muy fácil de explicar, yo en realidad dormía en una habitación que está abajo, pero fingía que salía de la que viste, ahora bien, fue el pretexto ideal para estar al lado del chico que amo, y de esa manera te fueras acercando cada vez más a mí.

—No tenía que hacer eso, solo me hubieras dicho la verdad y te habría entendido.

—Creo que en esos momentos tú no me entenderías tan bien como lo haces ahora.

—Tienes razón, tenía mucho temor de que te me acercaras, pero ahora solo quiero estar a tu lado.

Atanasio no supo que más decir, así prefirió utilizar el leguaje de los besos, que como una llamarada los incendió.

El chinito regreso un día a comprar unas *lámparas industriales colgantes* (utilizadas desde principios del siglo XX) que necesitaba para iluminar una bodega, vio los dos modelos que tenían en existencia y solicitó quince piezas de una de éstas.

—Hey chinito, pero ahora no tenemos tantas, si me das un tiempo, las tendré tal y como las quieres en unos quince días porque vienen desde lejos.

—Entonces plepala papeles pala que vengan plonto, mi abuelo quiele inaugulal su bodega en diciemble.

Ambos se fueron con el Gerente y empezó el papeleo, una vez más le repitieron que todas las piezas llegarían más o menos en quince días, ya que procedían directo del puerto de Veracruz y de allí hacia Coatzacoalcos, finalmente las llevarían a Frontera, Tabasco y luego viajarían a Villahermosa.

Antes de irse el chinito pasó junto al joven dependiente y deslizó una notita en la bolsa de su pantalón, éste le respondió con una cara de satisfacción y buscó la notita: *espero que puedas hablar conmigo a la hora de la salida, en la noche*. Con la última mirada le dijo que sí con la cabeza y una sonrisa amplia confirmó de recibido el mensaje.

Regresó a la realidad con otro cliente que no sabía lo que andaba buscando en sí, por esa razón empezó a mover las manos para darse a entender, finalmente supo que era una caja para guardar herramientas que aparecían en una revista gringa, misma que le mostró.

El día transcurrió entre ventas y acomodo de piezas en el almacén. En efecto aquella noche, allí puntual estuvo Sun, fumando un cigarro dejando ver su nerviosismo.

—Hola Sun, ¿tiene mucho rato que llegaste?

—No ser así, yo llegué ahola, si no es mucho pedil, podemos il a tu casa, yo acompaño.

Fue una invitación extraña, pero aceptó, después de todo un amigo siempre es bienvenido en el lugar donde uno vive. Pasaron a comprar unos cuernitos de pan, queso Patagrás, una lata de Jamón endiablado y otros alimentos ligeros que servirían para la cena de esa noche.

—Bonita casa donde vives, muy glande, —dijo Sun sorprendido.

—No es mi casa, es de mi mejor amigo, pero aquí es donde vivo ahora.

Se sentaron frente a frente en el comedor, continuaron con las pláticas triviales: el calor, la lluvia, los mosquitos y cómo eran los lugares de dónde venían.

Como era de esperarse llegó Julio César, se quedó un momento en la puerta, parecía que esperaba a alguien, pero solo resultó ser una más de sus estratagemas para hacerse el interesante, Atanasio lo había logrado entender al dedillo en estos

meses juntos. Se sentó en la cabeza de la mesa y carraspeó, mirando a los chamacos un poco retador.

—Que en esta casa ya se olvidaron de los buenos modales, aún no he sido presentado con el señor…, —dejó el resto de las palabras en el aire.

—Disculpa Julio, él es Sun Yan, vive aquí en la ciudad y soy su primer amigo.

—Mucho gusto en conocerlo joven Sun Yan, veo que ustedes ya se conocían desde hace mucho tiempo.

—No sel así, nos conocimos hace unos días, cuando fui con abuelo a tienda y puede decilme Sun, —respondió inclinando la cabeza en señal de saludo y respeto muy de su cultura.

Atanasio sirvió el café y acercó la charola del pan, cada uno tomó su respectivo cuerno y continuaron con la charla en la sobremesa, Julio con buen humor los invitó a pasar a la sala, una vez más trajo la licorera de cristal y colocó tres copas. Propuso un brindis por la amistad y para que no hubiera malos entendido, pasó su brazo por los hombros de su chamaco como queriendo dar a notar: —¡aguas chinito!, este chico está apartado y es solo mío.

Sun dio poco interés al hecho y continuó con la plática como si nada fuera de lo común pasara a su alrededor. Creo que ese gesto fue el detonante que dio paso a una nueva disertación.

—Ustedes son nuevos amigos, que me podlan entendel, cual es mi ploblema.

—Pues nosotros seremos tus nuevos amigos y creo entender a lo que te refieres, para tu tranquilidad, te diré que el asunto de tener relaciones con mujeres está fuera de esta casa, así que habla con confianza, —expresó Julio cruzando la pierna como un caballero de sociedad.

—Si mi madle se entela que yo no deseo casal con ninguna mujel, me va a matal.

—Ya te entendemos, nosotros también estamos en una disyuntiva parecida, por eso vivimos aquí lejos de la familia, Atanasio y yo, somos muy felices solos en esta ciudad.

—Ahora puedes estar tranquilo, tu secreto estará a salvo, —agregó Atanasio.

Para llegar a esos temas, mucho tuvo que ver el licor o el momento, de nuevo no supieron en que instante fue cuando se les aflojó la lengua en todos los sentidos. Creo que desde ese momento Sun pasó a ser el amigo medio cómplice de las pláticas fuertes, además resultó invitado a posteriores encuentros amistosos.

En esa ocasión no quiso quedarse en la casa a dormir con ellos, así que lo acompañaron hasta las inmediaciones de su casa; mientras caminaban les pareció por un momento que la ciudad estaba hecha para ellos tres, rieron y bailaron, disfrutaron mucho la solitaria oscuridad. De regreso a la casa, pudo advertir a Julio muy animado, dispuesto a ser una vez más el compañero de vida que se esperó.

—Creo que Sun, va a estar más tranquilo ahora que ha sacado todo de su pecho, tendrá en nosotros los amigos que necesita.

Aunque Julio no era muy afecto a las reuniones en casa, hicieron una para presentarle a Sun algunos especímenes de la región, así que invitaron a dos amigos del trabajo, Leo y Franco que entendían del asunto y so pretexto de una fiesta de *Días de Muertos* hicieron una de disfraces como bienvenida, así que se dieron a la tarea de armar una.

Atanasio se levantó en la madrugada por un vaso con agua y cerca de él solo estaba la almohada húmeda de sudor, pero no estaba Julio, pensó que se había levantado más temprano, solo quedó su rastro de perfume en el ambiente.

Antes de entrar de nuevo en la cama, un escalofrío le recorrió el cuerpo, aunque no había ninguna ventana abierta, sintió que alguien lo observaba desde la oscuridad, tuvo miedo por primera vez en esa casa así que corrió a ensabanarse.

En la mañana pasó por la Plaza de Armas rumbo al trabajo y una vez más se enteró por el famoso periódico que el fantasma había atacado de nuevo, ahora se le había presentado a dos señores que venían caminando de un pueblo cercano llamado Atasta de Serra hacia el Centro de la ciudad.

—¡El hijo del garabato!:Entérese de lo sucedido la noche de ayer cuando dos transeúntes fueron sorprendidos por el fantasma del panteón.

Compró el periódico por la morbosidad de enterarse del chisme, esta vez los asustados transeúntes describieron al fantasma sin rostro al que solo le brillaban los ojos amarillos, además vestía con una túnica negra que le ocultaba el cuerpo.

La semana continuó sin ningún sobresalto o apariciones que chismorrear en los trabajos, lo mismo de siempre, habladurías y más chismes, después de todo como decía el cronista popular *tíoJosé* (así todo junto): "*decir tabasqueño chismoso, es un pleonasmo".*

La noche de la fiesta llegó, como Atanasio no tenía ningún disfraz que ponerse, le cortó las patas a un pantalón viejo, buscó una playera de rayas para disfrazarse de pirata con un ojo tapado utilizando un paliacate. Sun llegó con un traje tradicional de china, el Hanfu con dibujos de aves y un sombrerito redondo; los amigos: Leo disfrazado del hombre de paja y Franco de payaso con la cara blanca, su nariz roja y una gran sonrisa.

Esperaron que Julio saliera de la recamara y para sorpresa de todos apareció envuelto con una túnica negra y la capucha tapándole el rostro. Sus ojos amarillos parecían brillar en lo profundo. A todos les quitó la respiración con solo verlo, e hicieron un silencio profundo.

Sun se llevó la mano hacia una bolsita roja que pendía de cuello, de ahí sacó un amuleto de color verde, lo sostuvo en la mano y se partió en dos, lo arrojó al piso, pero cayó en un tapete por lo que no hubo sonido. Volteó a ver a Atanasio para constatar que si se había percatado de ese hecho. Miró el amuleto y le regresó la mirada, musitó unas palabras que pudo medio entender: ─Un mal augulio sucedió.

─Oye amor, que siniestro estás, me hubieras dicho y te hubiera ayudado a buscar un mejor disfraz, eso que te pusiste no supone nada, solo estas de bromista, ─dijo Atanasio para romper el estupor ante la imagen.

─Espera chico atrasado de noticias, que no ves que soy el fantasma del panteón, o que ¿no leíste la descripción en el periódico?

Hicieron un mutis momentáneo, y estallaron las carcajadas, asimilado el incidente sorpresivo, tomaron cervezas y comieron botanas; bailaron y cantaron a coro algunas canciones de moda. En una de tantas idas y vueltas a la cocina,

coincidieron en un solo lugar Sun y Atanasio; allí comentó con detalle lo que había pasado con el amuleto.

—Cleo viste que pasal, el amuleto loto es un augulio de que cosa mala va a pasal; quizá a uno de nosotlos tles.

—Escúchame Sun esas son supersticiones y no creo en esas cosas bobas, porque solo existe la ciencia, todo tiene una explicación, además es tu fiesta de bienvenida, así que disfrútala, vamos a regresar y olvida eso.

Continuamos hasta que el cuerpo nos dijo, *ya hay que parar*, descansaron y dedicaron el resto de la velada a platicar sobre sus experiencias en el amor, y cómo había una gran indiferencia de nuestros padres a tocar ese tema, solo pensaban en los matrimonios heterosexuales, lo otro estaba más que prohibido.

Pasada la una de la madrugada cada uno de los invitados se fue retirando hasta que se quedaron solos. En la intimidad de la recámara, estuvieron recordando el barullo de la dichosa fiesta, hasta llegar al punto principal a tratar.

—Mi amor te diré la verdad, en realidad existe un fantasma, pero no es de ese lugar precisamente, allí no hay nada, solo huesos y mausoleos abandonados, —dijo Julio con la cara seria, abrazado de su compañero por la espalda para retenerlo.

—Pero entonces tú sabes cosas que aún no me has contado, por ejemplo, aquí en la casa aparecen cosas que antes no había visto antes, como el piano o la comida, porque a la fecha no ha entrado nadie a esa cocina.

Titubeó un poco y empezó a contar una fábula sobre unas señoras llamadas *Las Moiras*, eran tres mujeres que vivían en un lugar muy lejano, en sus manos estaba la humanidad: la primera era Cloto, la más joven, ella hilaba un hilo que representaba la vida de los humanos, la otra se llamaba Láquesis de edad mediana, quien media lo largo del hilo que era la existencia de una persona y al final estaba Átropos de edad adulta sin llegar a ser una anciana, ella era la encargada de cortar el hilo.

—Bueno, esa última es mi madre y yo soy el cegador encargado de llevar las almas al lugar en donde deben esperar para regresar con otra vida.

—Pero eso no puede ser, a ver si entendí tú eres el cegador y ahora ¿quién eres?

─Mira amado chico, cuando te conocí te vi tan bello que quise disfrutar el momento para estar junto a ti, y entonces le pedí a mi madre que me dejara ser como tú, un humano, y aunque trató de persuadirme, al final me lo concedió aún a sabiendas de que los humanos siempre sufren por causa del amor.

Abrazó con mucha fuerza al frontereño, que le dirigió una mirada de extrañeza, Julio era un verdadero cuentista que siempre hacía todo lo posible para que cualquier cosa terminara con un final feliz, donde Atanasio era el protagonista.

─Yo siempre estaré a tu lado amado *chico que vino de Frontera*, hasta que mi madre nos diga *aquí* y corte el hilo, eso no será pronto, ni tarde, ─le murmuró al oído.

Una gran luna llena apareció en el cielo, llenando con un brillo fantasmal las calles, las casas, los árboles, la ciudad y por supuesto cada rincón de aquella habitación.

─Gracias por tus palabras que siempre son las más hermosas. Solo me asalta una duda si el fantasma no eres tú, entonces ¿Quién es?

─Es alguien que mandaron las Moiras para hacer mi trabajo, a ese no lo puedo ver hasta que se anuncie frente a mí.

Aunque toda aquella fábula de fantasmas y madres sobrenaturales le pareció llamativo, creyó en sus palabras. Por otro lado, una cosa no le cuadró en la mente ─¿a dónde iba en las madrugadas, después de dejar su huella en la almohada y el olor a sándalo?

Por el momento esa pregunta quedó en suspenso, con lo narrado tuvo suficiente, así que se dispusieron a dormir como Dios manda o sea como el padre Adán, con una hojita en la parte pudorosa, y el tiempo pasó en la tranquilidad de esa noche.

Su relación marchó de maravilla, se había cumplido con el primer precepto en una relación, ambos se tenían *gusto*. Lo segundo fue que para afianzar esa relación se necesitó decir siempre la verdad, por tanto, tomó sus palabras como ciertas; eso que lo llamaron *conocimiento*.

Ahora estaban rumbo al tercer precepto, la *confianza* mutua, y no les faltó mucho para obtenerlo, es más ya estaba ahí a su lado. A partir de esos momentos la relación quedó cimentada para continuar hasta el siguiente mandato, la *entrega total*, pero esa

ya la tenían muy adelantada, así que solo la confirmaron, se pudo decir que eran una pareja completa.

De manera accidental apareció en el baño un frasco negro de perfume conteniendo un líquido amarillento y un letrero *Agua de colonia de sándalo, Myrurgia, España*, ─Ajá, con que ese es el perfume que usa el muy zorro, por eso todo su cuerpo huele a sándalo, y lo dejas impregnado en todo lo que tocas, ahora voy a usar sus propias estrategias para que se enamore más de mí, ─dijo en voz alta, que resonó en la paredes de mosaico, mientras se puso el líquido en el cuerpo.

Ese aroma le agradó relacionándolo de inmediato con el cuerpo Julio y empezó a usarla como refrescante después del baño. No sabía qué había pasado, pero en el trabajo todo le empezó a ir de maravilla, a veces atendía hasta veinte clientes en el día, así que el señor gerente durante el fin de semana le entregó un sobre con una cantidad más, aparte de su sueldo.

Otra cosa extraña de sentir y ver durante ese tiempo fue que ahora cuando se encontraba dormido en las primeras horas del día, abría los ojos para encontrarse con la mirada fija de Julio, aunque eso todavía le daba escalofrío ver sus ojos amarillos mirándolo con mucha profundidad, pero se fue acostumbrando a eso con el tiempo. Llenarlo de besos durante la mañana fue lo que más amaba de esa relación.

Llegó el mes de diciembre y con él la época navideña, se celebraron las tradicionales posadas, asistieron a una; junto con el reducido círculo de amigos, terminada la fiesta al trasladarla a la casa para continuar con la festividad, pero más íntima. Sun y Julio salieron a fumar un cigarro en uno de los balcones y entablaron una plática profunda.

─Julio, cuando estuvimos en la fiesta del Día de Mueltos, pasal suceso muy especial, el amuleto de la buena foltuna, se lompió en tles paltes, eso significa mal augulio en mi país y los tles sel nosotlos.

─Bueno Sun, aquí no significa nada en absoluto, solo un dije roto, la Diosa Fortuna siempre está en movimiento constante y los acontecimientos ya están dados, solo falta el desenlace, pero no te preocupes por el futuro, este aún no llega, es mejor ocuparse por el presente que es ahora.

La explicación de Julio atrajo aún más la atención de Sun que empezó a sentirse incómodo ante la mirada profunda de éste, sacó la cajetilla de cigarros y se llevó otro más a la boca, eso fue un signo de su nerviosismo.

—Escucha chinito, si sabes adivinar como lo supuse desde que nos vimos, sabes quién soy en realidad, te pido por favor no le digas nada al chamaco, él es mi gran amor y cree que esta realidad es un cuento de hadas, y en cuanto al amuleto, dámelo ahora.

Ante la mirada incrédula de Sun, Julio apretó el amuleto en su mano y al abrirla estaba restaurado, lo introdujo en la bolsita roja y se la colocó en el cuello, después le puso un dedo en la boca, le explicó que eso era todo, ya estaba restaurado el orden del destino.

—Yo sabía que alías eso, pelo solo lo has cambiado, ahola todo estalá de cabeza.

El jolgorio continuó hasta las cinco de la mañana, Julio y Atanasio se fueron a la recámara muy tranquilos, Franco se fue a su casa, no así Sun y Leo que se quedaron en el sofá de la sala. Creo que allí nació un romance, así que ahora Sun tenía amor en las manos, su destino se transformó en otro.

Como lo habían proyectado el abuelo de Sun, inauguró su tienda allá por el rumbo del barrio de Santa Cruz al Norte de la ciudad, en ella había toda clase de mercaderías traídas del oriente, además sobre una mesa muy adornada estaban platillos típicos de China. Los dos se acercaron hasta donde estaba Sun dando la bienvenida a los invitados y ahí junto a él se encontraba Leo con una sonrisa haciendo lo propio, todo dio a entender que la relación estaba marchando sobre ruedas.

La pareja de Julio y Atanasio compraron una cajita con incienso de sándalo para quitar las malas vibras de la casa, de acuerdo con Leo que ya estaba por completo adentrado en la cultura de su *amigo*.

—Quiero que sepan que les estoy muy agradecido por haberme presentado a Sun, realmente es un chico excepcional, —dijo Leo muy emocionado jugándole el cabello a Sun, que lució un corte más al estilo occidental.

─Yo también agladecido estoy pol ello, ─agregó el chinito que tenía la mano apoyada en el hombro de su amigo.

Estuvieron con ellos hasta que llegó la hora en que empezaron a recoger el tiradero de basura que dejaron los invitados y curiosos que llenaron el lugar, como no hubo licor por una tradición China, las clásicas *trifulcas* de borrachos muy común entre los villahermosinos no empañaron la celebración.

El tiempo continuó su camino, y así pasaron cuatro años, la relación de Julio y Atanasio se afianzó mucho más, si alguien pensaba que eran solo dos amigo, estaba equivocado eran los primeros amantes de esta región pedestre del mundo donde aún no se sabía de una cosa parecida o similar, aunque había cuatro o cinco muchachos que posiblemente estaban en la misma frecuencia, pero no se les acercaban por *temor al qué dirán*, que dominaba la escena.

Esto solo confirmó el dicho popular de: “pueblo chico, infierno grande”, pero, en esta relación existió a su alrededor un extraño velo que la hizo pasar inadvertida a los ojos pervertidos de los persignados y *mochos*.

Para una fiesta de fin de año, el muy cambiado joven Atanasio regresó al Puerto de Frontera a pasarla con su familia, no tuvo nada de atractiva dicha reunión, solo fue un pretexto más para verlos.

Ya no estaba mal vestido con esa ropa avejentada, ahora usaba un pantalón de casimir con pinzas, camisa de algodón de manga larga, vaselina en el cabello peinado con la raya de lado, que le obligó a dejar el sombrero de palma característico del trópico.

Durante la cena de nochebuena, una vez más la mamá lo estuvo atosigando con el asunto de tener una novia, pero él argumentó que su vida estaba bien y se encontraba ganando buen dinero en donde trabajaba y no pensaba compartirlo con nadie.

—No puedo darme el lujo de mantener a alguien más, no me alcanza para tanto.

—Pues mira a tu padre, él se casó conmigo cuando no tenía trabajo.

—Eso es verdad, pero mi abuelo los apoyó con mucho dinero y les dio esta casa, por si no te has dado cuenta yo no tengo esa suerte, además eran otros tiempos, —respondió con mucha seguridad.

El muchacho molesto se salió hacia el jardín y se puso a reflexionar sobre lo ocurrido, en su cabeza pasó la idea de hablar claro con sus padres sobre sus gustos, pero, lo detuvo la prudencia, haciéndole ver que no era ni el momento, o el lugar.

En su pensamiento quedó fija la vieja imagen de Julio bajando por la escalera con la capa negra y los ojos amarillos brillando al fondo, sintió un fuerte dolor en el pecho, que le hizo agacharse abrazando con fuerza sus piernas, cuando pasó, trató de incorporarse, pero no lo pudo logar.

El hermano menor lo ayudó así que los dos fueron hasta la calle, muy recuperado, Atanasio sacó una cajetilla de cigarros y le ofreció uno, como ya era mayor de edad no tuvo que esconderse, así que iniciaron una plática.

—Creo que estas muy tenso Ata, un pensamiento te tiene con pendiente, ¿será que dejaste a un *amorcito querendón* allá en la ciudad?

—Nada de eso, bueno si es un grandioso amor lleno de las cosas más bellas que pueden existir.

—Cuéntame, ¿cómo es ella, si se puede saber?

—Es muy especial, tiene su piel suave como si fuera de seda, su cabello a veces lo veo rubio y otras castaño, sus manos están fría, pero son hermosas sentirlas cuando transitan por mi cuerpo, además no es ella, es él.

—No chingues hermano, ¿andas con un macho?

—Bueno no precisamente es eso, porque no somos animales, simplemente es una relación fraternal de dos seres humanos que están juntos para afrontar los problemas que nunca faltan.

—Si eso te hace feliz, te deseo que pases muchos años con “ese” y confía en mí, no le diré nada a mis papás.

La plática continuó con cosas triviales, hasta que nos llegó la madrugada del día siguiente y la humedad del puerto de Frontera los hizo buscar abrigo en la casa.

Atanasio regresó a Villahermosa en la madrugada del día dos de enero, caminó por varias calles sin encontrar la casa, en donde debía de estar había un solar vacío.

Fue muy extraño, todo a su alrededor se veía igual, solo faltaba la casa. Se fue a uno de los hotelitos de la orilla del río para descansar, con las luces de un nuevo día regresó al lugar.

Una voz dentro de sus pensamientos dijo que estaba en el lugar correcto, pero la vista ofrecía una imagen distinta por completo, un vacío completo ocupaba el predio. Tocó la puerta en una de las casas vecinas, esperó impaciente hasta que abrieron.

─Buenos días señor ¿qué pasó con la casa que estaba ahí?

─Te refieres a la casa de los Ortega, esa la derrumbaron hace diez años cuando Doña Carmencita Ortega murió y que Dios la tenga en su Santa Gloria.

─O sea que este solar ha estado así desde hace diez años.

El viejito movió la cabeza en respuesta afirmativa, cerró su puerta. De nuevo estaba extraviado en la ciudad de Villahermosa. Todo le dio vueltas y cayó de espaldas hacia un profundo precipicio oscuro, al fondo una luz empezó a crecer hasta que abarcó toda su visión.

Pudo ver en su sueño el amuleto de Sun partido en tres partes y cómo en las manos de Julio se recomponían: ─Yo sabía que alías eso, pelo solo lo has cambiado, ahola todo estalá de cabeza; —las palabras de Sun se fueron apagando hasta quedar un silencio.

─¿Señor, *vaboliá*? (darles lustre a sus zapatos), —dijo fuerte un chamaquillo que le jaló la manga de la camisa.

De repente despertó aturdido, al momento que se incorporó, miró al chamaquillo que sostenía un cajoncito con sus aperos para limpiar el calzado. Miró confundido hacia todos lados, haciéndose varias preguntas: ─¿dónde estoy?, ¿Qué día es?, ¿dónde está Julio y el chinito Sun?

Le dijo que sí al chamaquillo y tomó de nuevo el asiento. Las personas pasaban de un lado a otro en la Plaza de Armas, se inició el bullicio de otro día, el reloj del Palacio de Gobierno marcó las nueve de la mañana.

Sin saber qué había pasado, regresó la mirada hacia el Palacio Municipal que se encontraba a un costado de la Plaza de Armas. Fue enorme la sorpresa al ver aparecer por una calle a Julio César del brazo de una señora mayor de edad, y otro muchacho escuálido que los seguía de cerca; pasaron junto a él sin tomarlo en cuenta, era como si este no lo reconociera por lo que continuaron su camino.

El muchacho parecido a Julio se detuvo y regresó hasta donde estaba Atanasio embobado mirándolo, esperando un abrazo y el concebido beso.

—Perdón muchacho, ¿acaso te conozco?, porque tu cara se me hace conocida, pero no recuerdo dónde te he visto antes, ¿eres de por estos rumbos?

—Pues no señor, yo acabo de llegar del Puerto de Frontera, vine para buscar un trabajo y no creo que nos conozcamos Julio, se tapó de inmediato la boca y ofreció una disculpa por haber pronunciado ese nombre.

—No me llamo así, pero descuida recién llegado, ah, y ojalá encuentres trabajo.

Continuó caminando con los otros dos acompañantes, paró y regresó de nueva cuenta hasta donde estaba sentado Atanasio que permaneció con la mirada hacia el lado contrario, tarareando una frase de la canción que había escuchado en un lugar pero que no recordaba.

“Yeah, yeah

Baby, por favor trata de perdonarme

Quédate aquí, no apagues tu resplandor”

—¿Qué estas cantando muchacho?, ¿de dónde tomaste esas palabras?

—Es que recordé esa canción que escuché en alguna parte y la musité sin querer, pero una vez más le ofrezco otra disculpa no fue intensión perturbarle.

—No es nada de eso, solo quería saber cómo conoces esa canción si apenas la acabo de escribir hoy en la mañana, —le lanzó una mirada de curiosidad acercándose a su rostro para observarlo con detenimiento. Terminado esto salió corriendo y gritando detrás de sus acompañantes que lo habían esperado para continuar el camino hacia el final de la Plaza de Armas y adentrarse en el Centro de la ciudad.

—¡Madre!, ¿qué has hecho ahora?; espera un momento, tienes que decirme que es lo que pasa en este mundo extraño, ¿por qué siento que conozco a ese muchacho

y no sé quién es?, además ¿por qué sentí un hormigueo en el cuerpo cuando lo vi a los ojos?, ¡vamos, dime que pasa!

Las tres figuras se fueron desapareciendo entre los transeúntes que a esa hora ya empezaban abarrotar la Plaza de Armas, Atanasio quedó pensativo con un espacio mental repasando las últimas frases de esa canción, que la tenía pegada.

“No te mantendré en la oscuridad.

Ahora déjame mostrarte la forma de mi corazón…”

El reloj del Palacio de Gobierno dio las diez de la mañana, el joven frontereño se fijó en una banca contigua y vio a un muchacho con rasgos orientales al que se sonrió con él, así que éste se le acercó despacio.

—Muy buenos días joven local, podlia decilme ¿cómo llegal a un lugal llamado La Punta? (8)

—Disculpa, muchacho, pero no soy de esta ciudad, vengo desde el Puerto de Frontera en busca de trabajo.

—Entonces tenel suelte pol que yo venil a buscal empleado pala la tienda de abuelo, y tu cala dice que eles el tlabajadol.

—Pues no soy ese, pero tú dime hacia dónde está esa tienda y te seguiré.

—Vamos plonto pala que tlabajes ahí, ¿Cómo tú te llamas?

—Soy Atanasio González, para servir a usted, —respondió el chamaco con mucha cortesía.

—Yo llamal Sun Yan.

Se pusieron de pie y empezaron a caminar por la Plaza de Armas con rumbo al Norte de la ciudad, atravesaron el Centro por la calle Benito Juárez platicando muy tranquilos hasta que pasaron por la tienda G. Benito y Compañía.

—Oye Sun espera un momento este lugar se me hace conocido, puede ser que lo haya soñado, pero estaba en compañía de un chinito muy parecido a ti que compraba lámparas.

—Eso sel un buen plesagio, pol que amuleto de la suelte me dijo que vendlía un extlaño con una buena fortuna para complaltil conmigo.

F I N

Jared Suárez
Tres Lomas, Tabasco, México
Abril del 2021

NOTAS

1.- Paquebote, embarcación que se utiliza para enviar correspondencia pública, también pasajeros y carga comercial, de un puerto a otro.
2.- Cayucos, embarcación de madera de una sola pieza del tronco de un árbol, utilizada por los habitantes de Tabasco.
3.- En la década de 1940, don trinidad Malpica Hernández, de tendencia Garridista con el antecedente de haber sido el director del periódico Redención, fundó el periódico “El hijo del garabato”, siguiendo los pasos de “El hijo del Ahuizote” del porfiriato.
4.- Tienda de ferretería y almacén de mercancías generales, remodelada en la década de los años cincuenta por el Ing. Gornoloski de origen Judío-Ruso que vivió en la ciudad en esa época, con un estilo arquitectónico llamado modernista, la fachada estaba recubierta con un acabado en granito y aplanado con cepillo de metal, además de color verde agregado, evitándose el mantenimiento constante de la fachada.
5.- Turulete, galletas de pinol y maíz, típicas de la región.
7.- Nombre común, dado a un ave de presa en Tabasco.
8.- *Shape of my heart* (*Backstreet Boys*, pop/dance, octubre del 2000) Version en español.
9.- Llamado así coloquialmente el Barrio de la Concepción ubicado en la punta sur dentro de la antigua distribución de esta ciudad (durante el siglo XIX y mediados del XX) y que en realidad era el final de la ciudad.